

## Bajo palabra De patrias y banderas

POR  
Íñigo  
Linaje



**T**ony Judt dice en sus memorias que el patriotismo es el último refugio de los imbéciles. Y tal vez lo sea, porque los hombres no solo vivimos oprimidos por eso que tan abstractamente llamamos el estado, sino por células de represión tan

aceptadas socialmente como la familia, la escuela o el trabajo: un espacio, éste último, cada vez más abierto a la explotación y humillación del individuo.

Resulta sorprendente, por lo tanto, que alguien –con una mínima capacidad de raciocinio– pueda sentirse orgulloso de servir a un tirano, pertenecer a una secta o a un equipo de fútbol. Y ya no digamos de reverenciar una bandera o defender a muerte un país. Nada más ridículo. Nada más pueril. La patria de un hombre, aparte de en las personas que quiere, puede estar en una calle de Lisboa, en una plaza de Granada o en un rincón de esta ciudad. Pero, por encima de todo, la patria del ser humano está en el lenguaje, que es el vehículo que le permite relacionarse.

De todas las publicaciones en forma de panfleto que está suscitando el “conflicto catalán” (escritas fundamentalmente por intelectuales de izquierdas, pero desde una izquier-

da cada vez más escorada hacia la derecha y sirviéndose de postulados sospechosamente conservadores), el ensayo colectivo *No le deseo un Estado a nadie* (Pepitas de Calabaza Editorial) es una de las más interesantes y constructivas, dado que no viene dictada por la izquierda acomodada ni por esa derecha rancia e intolerante y (por su modo de operar) cada vez más fascista.

El libro consta de cinco ensayos escritos por otros tantos pensadores vinculados a Cataluña, cuyas tesis –que invitan a la reflexión y la suscitan– no caben en las tribunas públicas ni en los medios de comunicación ordinarios, donde son silenciadas o se hacen invisibles, quizás porque responden a cierta verdad lógica u objetiva.

Como bien apuntan los responsables de la publicación, los procesos de independencia, más que por una autonomía real, abogan por un cambio de dependencia, que es lo que vulgarmente se conoce como cambiar a un

perro de collar. Igual que cualquier tendencia política, los nacionalismos son truculentos, y el entusiasmo que despiertan en las masas no proviene de la razón ni de un análisis histórico riguroso, sino de la exaltación infantil de algo tan volátil como una bandera.

Históricamente, señala Tomás Ibáñez, los ideólogos modernos –entran aquí políticos, gurús y dictadores– han sido muy proclives a hermanarse con el pueblo en pos de un objetivo que nunca ha sido superar las desigualdades sociales. Solo en ese caso tendría sentido un proceso secesionista.

Uno siempre ha creído más en la independencia del ser humano (como sujeto autónomo y pensante) que en las independencias territoriales, que como hemos dicho, no suelen generar otra cosa que nuevas dependencias y nuevos conflictos. Y piensa, como Santiago López Petit, que lo mejor es ser un apátrida, que, al no estar ligado a nada, a nada debe reverencia. ●